

Pavón analiza uno por uno los elementos decorativos, rastrea su origen, señala todos los modelos e intenta ver la evolución de cada uno de estos elementos decorativos, todo ello realizado con gran rigor metodológico; así va estudiando las svásticas, grecas, estrellas, flores, imbricados, cintas y todo tipo de figuras geométricas que aparecen en solerías, zócalos, celosías, estucos, yeserías, techumbres, marfiles... Este estudio constituye la primera parte del libro que él titula: *Decoración geométrica rectilínea y curvilínea*. Es la parte que aunque realizada con una gran rigidez metodológica muy útil para la investigación y un tanto cansada para la lectura, suscita más problemas; porque es realmente difícil rastrear estos elementos ornamentales. Nos parece muy bueno como intento y para abrir camino, procurando ordenar esta variedad geométrica ornamental y muy interesante en los contactos reiterativos de lo califal con lo romano y visigodo que pone en evidencia. Se ha esbozado un camino pero caben muchos otros ante nuevas aportaciones.

La segunda parte del libro en que estudia las cubiertas, su origen y evolución, destacamos el estudio de las techumbres mudéjares de madera. Nos parece la parte más interesante, con el estudio detallado de la composición decorativa del lazo y de todas sus variantes; es un feliz complemento del estudio que hizo Gómez Moreno en la edición del *Breve compendio de la carpintería de lo blanco* de Diego López Arenas y de los trabajos de Galiay Sarañana, Prieto Vives y Rafols. Un estudio completísimo, de gran madurez y con el mismo rigor metodológico, aquí plenamente convincente.

Tiene el libro, además de numerosísimas fotografías, dibujos aún más abundantes, de tal manera que el texto no es sino una explicación de los dibujos primorosamente ejecutados. Al terminar su lectura queda la sensación que poco se podrá añadir a este completísimo estudio que nos brinda Pavón Maldonado.—G. RAMOS DE CASTRO.

RAMOS DE CASTRO, Guadalupe, *El arte románico en la provincia de Zamora*, Excelentísima Diputación Provincial de Zamora. Valladolid, 1977. 551 pp. con 297 láms.

La publicación de este trabajo —tesis doctoral de la autora— supone una nueva aportación a los estudios que, tomando como base la limitación al espacio geográfico de una provincia, van completando poco a poco el panorama del arte románico peninsular.

La metodología que se ha seguido en él, descansa principalmente en dos fundamentos. Uno de ellos es la catalogación y el estudio de los edificios y restos arquitectónicos conservados, así como las imágenes de talla y la pintura. El otro, la revisión de las fuentes documentales, cotejando las ya publicadas y aportando otras nuevas como resultado de la consulta de diversos archivos.

Tras una breve introducción, dedica una importante parte del libro al bosquejo geográfico-histórico del período románico, a sus reyes, a su ciudad, cuya importancia histórica destaca, incluyéndose un plano en el que se reconstruye su antigua distribución en barrios, y la localización de sus edificios. Se incluye también un estudio del obispado de Zamora con la relación de obispos que rigieron la diócesis durante esos años.

La segunda parte del libro va dedicada a la enumeración de los elementos de la arquitectura románica zamorana, deduciéndose que el tipo de planta más generalizada en los medios populares era el de una sola nave, con el cuerpo ligeramente más ancho que la cabecera, mientras que en las iglesias de cierta importancia se prefería el de tres naves. En cuanto a las cabeceras, coexisten las de planta rectangular con las semicirculares. Señala la existencia de dos edificios que tuvieron cubierta exterior de láminas de piedra, aunque sospechando que quizá llevaran, sobre ella, otra de teja. Se incluyen también una serie de dibujos de modillones y canchillos, estableciéndose una diferencia entre

ambos términos. Como elementos peculiares de la arquitectura zamorana destaca un tipo de moldura, formado por una escota y un bocel que se funden a modo de gorja y la carencia de tímpanos esculpidos, aunque puedan señalarse algunas excepciones. Apunta a su vez la existencia de portadas, en las que pueden rastrearse influencias sirias, semíticas y árabes y la abundancia de vanos circulares.

La tercera parte está dedicada al estudio de los edificios de la ciudad de Zamora. El criterio de ordenación alfabético que se ha utilizado, si bien facilita la consulta en cuanto a edificios concretos, puede producir cierta dificultad al tratar de retener las relaciones que se van estableciendo entre ellos. Se catalogan veinte edificios, total o parcialmente románicos, uno de los cuales ya no existe. Como resumen puede concluirse que la actividad arquitectónica debió de tener un primer impulso en los últimos años del siglo XI, coincidiendo con la época de Alfonso VI y de su yerno Raimundo de Borgoña. A este período deben de corresponder las iglesias de San Cebrián y la primera construcción de Santa María la Nueva, aunque ambas hayan sido reconstruidas en la segunda mitad del siglo XII. En 1128 se cita como ya construida la iglesia de Santo Tomé, y en el reinado de Alfonso VII, coincidiendo con el obispado de Bernardo, sitúa la autora el inicio de las obras de la catedral, a la que dedica un largo estudio. Las obras se seguirían entre 1128 y 1174, incluyéndose en este momento constructivo la realización del cimborrio, y faltando por cerrar las bóvedas de la nave. En relación con la catedral, por diversos conceptos, se citan las iglesias de San Pedro y San Ildefonso, Santiago del Burgo, San Leonardo y Santa María de la Horta. A la segunda mitad del siglo XII corresponden también una serie de edificios que tanto acreditan la influencia francesa como la persistencia de las tradiciones locales. A fines de este mismo siglo, y en relación con las obras de terminación de la cubierta de la catedral, la autora pone de relieve la presencia del Maestro Fruchel, que confirma en varios documentos y que cree que podría haber intervenido en algunas obras, según había manifestado en un artículo anterior sobre este artista. Vincula con este período constructivo, la reforma de la cabecera de la iglesia de la Magdalena. Otro grupo de iglesias correspondería ya a principios del siglo XIII.

La cuarta parte está dedicada al estudio de los edificios románicos de la provincia de Zamora, destacando entre ellos los de Benavente, donde San Juan del Mercado y Santa María de Azoque presentan la peculiaridad de poseer portadas esculpidas, excepcionales en el románico zamorano. Establece relaciones entre la última, el Monasterio de Moreruela y el cimborrio de la colegiata de Toro. Especial interés muestra en el estudio de Moreruela, y tras revisar la documentación concluye que su cronología debe de ser retrasada, no teniendo lugar el inicio de las obras hasta fines del siglo XII y realizándose rápidamente a partir de 1201, bajo la dirección del maestro Pedro Moro. Destaca especialmente por su importancia y belleza la iglesia de Santa Marta de Tera, cuya cronología puede situarse en el último cuarto del siglo XI, estableciéndose relaciones, particularmente a nivel de la escultura, con San Isidoro de León y con la puerta de las Platerías de Santiago. Otros edificios de interés son San Martín de Castañeda, de mediados del siglo XII, y sobre todo, la colegiata de Toro. Supone que la última se iniciaría al tiempo que la catedral de Zamora, y por impulso del obispo Bernardo, hacia 1139. Coincide con Gómez Moreno en que las obras se llevaron a cabo lentamente hasta 1240 en que se construía el pórtico occidental, pero disiente de él en las etapas constructivas. Señala los puntos de contacto que existen, desde el punto de vista iconográfico, entre la puerta norte y el Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, fechando la primera unos doce años antes que el segundo. A propósito de ello, establece una argumentación en torno a las posibles relaciones entre Fruchel y Mateo. En cuanto al cimborrio, afirma que fue construido por el tercer maestro, modificando el proyecto del segundo, que

pretendería cubrirlo como Morerueta, según había apuntado ya Hersey. Acompaña al texto un mapa de la provincia, con la localización de restos arquitectónicos y escultóricos.

La quinta parte se dedica al estudio de la imaginería. Diferencia las imágenes de la Virgen, atendiendo a su tipología, en Virgen del Amparo o Manifestación, Virgen Apoyo, Virgen del Don y Virgen del Manto. A continuación relaciona los Crucifijos, Calvarios y los escasísimos restos de pintura conservados.

Como complemento ofrece al final del libro una relación de la documentación conservada de los pueblos de la provincia durante el período del estudio y la transcripción de aquellos que se juzgan de interés para el trabajo.—CLEMENTINA JULIA ARA GIL.

ARA GIL, Clementina Julia, *Escultura gótica en Valladolid y su provincia*. Institución Cultural Simancas. Excma. Diputación Provincial de Valladolid (Valladolid, 1977), 780 pp., con 280 láms.

La profesora Ara Gil ya había aportado antes otros trabajos de investigación sobre el mundo artístico medieval, en los que daba muestras de un conocimiento profundo del mismo, y de un método de trabajo rigurosamente científico y exhaustivo.

Estos rasgos son los predominantes en esta nueva publicación —su tesis doctoral—, un trabajo maduro en el que demuestra no sólo un conocimiento del hecho regional, sino también de todo el arte gótico europeo.

En efecto, el trabajo se inscribe dentro de uno de los trabajos regionales que se están llevando a cabo, tan importantes para conseguir un adecuado conocimiento de todo el panorama artístico nacional, a partir de los cuales poder revisar las teorías actuales sobre el mismo. Y dentro de ello, el estudio profundo, en sus niveles formales e iconográficos, de obras tan importantes como la capilla del Contador Saldaña en Santa Clara de Tordesillas, o las obras escultóricas de la iglesia de San Pablo y del Colegio de San Gregorio en la capital, por poner los ejemplos más sobresalientes.

La autora plantea en su introducción las características artísticas de la zona estudiada: la inexistencia de una escuela propiamente dicha, pues se abastecía de otros varios centros de producción, situados en torno a la misma (a excepción de algunas obras secundarias en las que pudo participar un grupo de artesanos locales), y de la importación de Flandes de piezas de imaginería. Por ello, ha debido de estudiar todo este conjunto escultórico en relación con otras escuelas, tanto nacionales como extranjeras, de las que demuestra tener sólidos conocimientos.

El trabajo se plantea en torno a tres grandes unidades: la primera viene a ocupar la escultura de los siglos XIII y XIV, en donde se distingue escultura funeraria e imaginería. En el primer apartado, destacan los estudios de los sepulcros de los monasterios cistercienses de Palazuelos y Matallana, analizados en lo tipológico e iconográfico.

La segunda unidad abarca los dos primeros tercios del siglo XV, coincidentes con el reinado de Juan II. Se demuestra poca vitalidad artística en el período, a juzgar por la escasez de obras existentes, pero son de buena calidad, predominando las importaciones o las actuaciones de artistas extranjeros. En cuanto a los estilos, se detectan el «estilo blando» alemán, y posteriormente el borgoñón. Es imposible, dada la falta de espacio disponible, entrar en una pormenorización de lo analizado por la autora, pero destaquemos los estudios del sepulcro de Doña María de Molina y las obras de la citada capilla del Contador Saldaña en Tordesillas, en donde somete a una crítica certera las atribuciones anteriores que se habían dado a su escultura.

La tercera unidad corresponde al último tercio del siglo XV y los primeros años del